

## *Academica*, ejemplo de didáctica en el humanismo renacentista

Hace ocho años veía finalmente la luz una edición de la obra de Pedro de Valencia *Academica*<sup>1</sup>, realizada por el profesor José Oroz, al que dedicamos gustosos este nuestro trabajo. Precedida de oportuna y adecuada introducción, acompañada de su traducción, y completada con notas e índices, se trata de la primera edición moderna de una obra singular de un no menos singular humanista español del siglo XVI, del que apenas se ha ocupado tradición filológica o filosófica alguna<sup>2</sup>. La publicación constituye al mismo tiempo una buena muestra de los muy diversos avatares que, en la España actual, quizá no sólo en ella, debe sufrir el filólogo hasta conseguir ver culminado su callado esfuerzo<sup>3</sup>.

Pedro de Valencia (1555-1620) escribió numerosas obras, de entre las que llama la atención, especialmente por el hecho de estar escrita en latín, *Academica, sive de iudicio erga verum ex ipsis primis fontibus* (Amberes, 1596). El autor utilizó dicha lengua en otras ocasiones, pero sólo como ejercicio de traducción de origina-

1 P. de Valencia, *Academica*, edición, introducción, traducción y notas de J. Oroz Reta, Badajoz (Diputación de Badajoz) 1987.

2 Véase al respecto la enumeración de los estudios sobre el humanista segedano que se incluye en J. Oroz Reta, «Presencia de Cicerón en las *Academica* de Pedro de Valencia», *Helmantica* 35 (1984) 5-50; artículo que constituye el último de la reducida lista de los publicados, casi todos ellos en el siglo actual.

3 Inicialmente era la Fundación Universitaria Española la que tenía incluida en sus proyectos la edición y fue en estas circunstancias cuando el Dr. Oroz Reta me propuso colaborar con él en la tarea (1976). El paso del tiempo sin que fuera publicada hizo que se acudiera a la extremeña fundación «Pedro de Valencia» para interesar de ella que acometiera el proyecto (1982); pero cambios acaecidos al poco tiempo en la estructura organizativa y funcional de la institución pacense estuvieron a punto de provocar la publicación por separado del texto latino con las notas, y de la traducción con la introducción por su lado. De hecho, al poco tiempo (1985), la revista *Perficit* editó el texto original, con una breve introducción y notas, pero sin traducción, bajo autoría del propio Oroz Reta. Afortunadamente, ulteriores gestiones (1986) fructificaron en la publicación de la edición mencionada.

les griegos<sup>4</sup>. La que ahora nos ocupa, sin embargo, presenta la particularidad de ser la única originalmente concebida y escrita en latín por su autor.

*Academica* es obra en la que se aprecian muy variados aspectos que estudiar. Las características gramaticales y estilísticas<sup>5</sup>, la forma de traducir al latín los textos griegos de la Antigüedad<sup>6</sup>, la semántica de los conceptos filosóficos<sup>7</sup>, son algunas muestras que justificarían por sí solas que los estudiosos del humanismo renacentista le prestaran atención. Por su parte, las presentes líneas intentarán poner de relieve el carácter didáctico de la obra, y sus positivos valores en ese campo, tanto en la perspectiva del autor como en relación con el contexto social y cultural en el que la obra se publicó, en su caso. No se pretende, desde luego, efectuar un análisis exhaustivo, sino limitarse a una mera presentación de las características que pueden observarse en ella al respecto, siguiendo además la pauta que trazara de Valencia en *Academica*, esto es, dejando hablar al propio autor a través de su texto lo más posible<sup>8</sup>.

*Academica* no es una obra ambiciosa, si nos atenemos a los objetivos y el plan de redacción que el autor fija previamente. Por

4 Véase la lista completa de las obras de Pedro de Valencia en M. Serrano y Sanz, *Pedro de Valencia, Estudio biográfico y crítico*, Badajoz 1910.

5 A primera vista la impresión que recibe el lector es la de encontrarse ante un latín más que ciceroniano, en el que destaca, ante todo, la complejidad sintáctica y un constante exagerado hipérbaton, quizá reflejo de un purismo buscado por quien ya no utilizaba el latín habitualmente, ni lo tenía como lengua materna, pero que seguía la costumbre de utilizarlo como lengua científica cuando, a finales del siglo XVI, ya había dado paso a las lenguas románicas en la vida cotidiana.

6 La obra, en efecto, ofrece hasta tres niveles lingüísticos: el latín de los textos originales, el latín de las traducciones de los textos griegos, y el latín del propio humanista. En principio, el texto de Pedro de Valencia y el de las traducciones de textos griegos son más parecidos entre sí con relación al latín de los autores clásicos. De haberse respetado la primitiva intención de Oroz de distinguir tipográficamente en la edición los niveles mencionados, se hubiera facilitado, sin duda, el estudio de este aspecto concreto.

7 Sobre todo, cabría efectuar un estudio acerca de las correspondencias que, en su traducción, establece de Valencia entre los conceptos griegos y sus equivalentes latinos.

8 Las referencias al texto de *Academica* se harán mencionando las páginas de la edición que reprodujo en 1781 el valenciano Francisco Cerca y Rico dentro de su obra *Clarorum Hispanorum opuscula selecta et rariora tum latina, tum hispana, magna ex parte nunc primum in lucem edita*, y en la que ocupa las páginas 157 a 252, sin que incluyan otras referencias convencionales, como párrafos o líneas, al tratarse de una edición no crítica como las actuales; y se comprenderá que se incluya la traducción de la edición de Oroz, y no el texto latino, por cuanto no se aborda aquí estudio lingüístico alguno, sino de contenidos.

lo que al contenido se refiere, se trata de una mera ilustración de un tema que el propio autor, en los últimos párrafos de la obra y refiriéndose a posibles críticas que le achaquen dedicar un esfuerzo desproporcionado al que exige el tema<sup>9</sup>, parece admitir implícitamente que es, hasta cierto punto, un asunto de entidad discutible, cuando menos, aunque él no comparta semejante punto de vista. Por otro lado, su propósito, como se verá, es aclarar lo que de difícil pueda hallarse en el tema a través de una obra ni exhaustiva ni profunda.

*Academica* es, dice el autor dirigiéndose al destinatario de la obra, funcionario de la corte de Felipe III, «una parte de lo que me habías encargado, como primicias de mi ingenio, mientras va madurando el resto»<sup>10</sup>. Su redacción obedece a un claro propósito del autor, quien advierte que «no es mi intención tratar ahora de todas las partes de la filosofía, ni de todas las opiniones de todos los filósofos, eso resultaría demasiado ambicioso y muy poco agradable»<sup>11</sup>, y responde igualmente a la conciencia que aflora esporádicamente en frases que reflejan un cierto cansancio respecto de ciertos temas y el deseo de abordar otros nuevos<sup>12</sup>. El propio Pedro de Valencia se refiere en más de un lugar a la exigencia, intrínseca en determinadas cuestiones, de mayor dedicación a su estudio. Quizá trata de justificar el que no se aplique consecuentemente a ello, si bien en ningún momento se propone conscientemente efectuarlo, incluso ni cuando expresa una disposición general de ánimo y reconoce la necesidad de hacerlo a propósito de los universales<sup>13</sup>, o se muestra abierto a ulteriores estudios sobre aspectos indirectamente relacionados con el tema que en ese momento constituye su principal interés, posibilidad puramente teórica en la que confía no muy convencidamente, por otro lado<sup>14</sup>.

Los límites de la obra no vienen fijados sólo por la voluntad del autor, sino también por circunstancias externas, bien sea que

9 Cf. *Academica*, 251: «excesivo interés y preocupación a cosas de tan escasa importancia».

10 Cf. *Academica*, 159.

11 Cf. *Academica*, 163.

12 Cf. *Academica*, 193: «me parece que ya llevo demasiado rato clavado en las espinosas cuestiones estoicas; por eso creo que debemos ya acercarnos a la ciencia...».

13 Cf. *Academica*, 166: «dado que estas nociones son muy abstractas y exigen una minuciosa exposición, tendremos que acudir a los dos máximos filósofos, sin descuidar sus muchos comentaristas, para comprenderlas bien».

14 Cf. *Academica*, 236: «la filosofía moral de los estoicos es de una amplitud enorme: tal vez, si Dios me da vida, me ocuparé de ella en un volumen especial».

éstas constituyan obstáculos objetivos, bien sea que puedan resultar meros pretextos para así respetar su proyecto inicial. En ocasiones acude a la falta de tiempo y espacio como condicionantes de la extensión y la profundidad de su obra<sup>15</sup>; o se escuda en dicho argumento para abreviar su exposición<sup>16</sup>; si no es también un criterio subjetivo el que emplea a veces para justificar su autolimitación, animando entonces al lector con la sugerencia de que ponga él también a contribución su propia capacidad y esfuerzo<sup>17</sup>.

Otras veces, la causa de que no alcance las metas que desearía es la carencia de medios. Tal argumento (al que se volverá más adelante) es especialmente importante, por cuanto el autor lo esgrime casi siempre refiriéndose a la no disponibilidad de textos originales, circunstancia que achaca a los avatares de la tradición manuscrita, mucho más que a insuficiencia personal. Su preocupación al respecto, incluso sólo implícita en sus afirmaciones, es recurrente, unas veces por ver frustrados sus deseos y expectativas de una mayor profundización en los temas<sup>18</sup>, otras veces porque, sabedor de la existencia de documentos perdidos, lamenta no poder aportar los textos originales y verse limitado a citarlos indirectamente<sup>19</sup>, o bien por la pura conciencia de la fragmentaria conservación del patrimonio documental<sup>20</sup>, carencia irreparable que le impide una utilización exhaustiva de las fuentes, lo que, a su juicio, representa una insuficiencia metodológica que no duda en reconocer humildemente, sobre todo al final de la obra<sup>21</sup>.

15 Cf. *Academica*, 209: «no tengo tiempo suficiente para emplear mis esfuerzos en estas discusiones».

16 Cf. *Academica*, 235: «como podríamos mostrar fácilmente si para ello tuviéramos tiempo».

17 Cf. *Academica*, 210: «puedes consultar dicho pasaje, pues tampoco hemos creído incumbencia nuestra ocuparnos ahora de esto».

18 Cf. *Academica*, 251: «esto es cuanto hemos podido, no cuanto habíamos deseado exponer ahora, de acuerdo con la escasez de tiempo y la ayuda de los textos de que hemos dispuesto».

19 Cf. *Academica*, 226: «Cicerón había explicado en alguno de los libros de sus Cuestiones Académicas, hoy perdido...».

20 Cf. *Academica*, 235: «éstos y otros detalles acerca de Antíoco nos los cuenta Cicerón en los libros de las Cuestiones Académicas que se nos han conservado».

21 Cf. *Academica*, 251: «Por descontado que habría aportado muchos más detalles, si no me hubiera moderado muchas veces en la utilización de las autoridades de escritores antiguos, sobre todo de Sexto Empírico. Cosa que, de ninguna manera debería haber hecho, si hubiera llegado a mis manos el texto griego de Sexto que no sabemos haya sido utilizado o editado hasta ahora...».

Llama la atención por su parte, la repetida manifestación de humildad que Pedro de Valencia incluye en sus páginas, quizá como auténtica *captatio benevolentiae* de la persona a la que dedica su estudio. La pretendida limitación intelectual se hace patente en pasajes como éste:

«Pero ahora no vamos a examinar el problema mismo, ni exponemos nuestro parecer, sino que vamos a referir un hecho, a la manera de los gramáticos, como dice Galeno, esto es, reduciendo nuestro trabajo a repetir y poner de manifiesto las palabras de los antiguos; empresa ingrata, en verdad, y sin gloria, por no decir despreciable, en el sentir común de nuestros semejantes»<sup>22</sup>,

mientras otras veces se deja entrever en incisos que, a través de alusiones someras y de forma tópica, realzan, por contraposición, la empresa llevada a cabo por el autor<sup>23</sup>; o bien se expresa, de manera más enfática, cuando, reclamando un reconocimiento para el esfuerzo intelectual y la agudeza de los filósofos antiguos, compara con ellos los suyos mediante una pregunta retórica:

«¿Pues cómo yo, hombre de pocas luces, iba a poder descubrir por mis fuerzas lo absurdo de aquellas afirmaciones que ellos, hombres de profundo y claro ingenio, habían expuesto después de largas meditaciones, cual si se tratara de doctrinas ridículas?»<sup>24</sup>

En efecto, al esgrimir su limitación intelectual, está anticipando, cuando no simultaneando, el contrapunto de la buena voluntad y del afán de esfuerzo que manifiesta en otras ocasiones. No mucho después de definirse como un mero presentador de textos antiguos, parece olvidar sus previos lamentos sobre la escasa valoración social de esa labor, para recalcar su plena disposición a no ahorrar esfuerzo alguno en cotejar el mayor número de testimonios de la antigüedad<sup>25</sup>, si es que no parece reclamar de manera menos directa el reconocimiento de su voluntad de esfuerzo equilibrándola con la confesión de su limitada capacidad, incluso, en su caso, sólo un

22 Cf. *Academica*, 171.

23 Cf. *Academica*, 229: «no ha sido tarea fácil haber podido decir todas estas cosas, dada la capacidad de mi ingenio, acerca de la Academia nueva, es decir de la de Carnéades».

24 Cf. *Academica*, 242.

25 Cf. *Academica*, 199: «voy a tratar de reunir todo cuanto pueda encontrar acerca de su sistema, al tiempo que intentaré esclarecerlo, sin poner límites a mi esfuerzo y trabajo, según me lo permitan mis fuerzas».

poco después de haberse interrogado por sus posibilidades de comprensión de los hechos<sup>26</sup>.

En realidad, la obra es una exposición cronológica de las distintas opiniones que fueron expresando sucesivamente cada una de las escuelas filosóficas de la Antigüedad acerca de la posibilidad humana de conocer y alcanzar la verdad, con mención de las discrepancias mutuas y discusiones consiguientes. El enfoque histórico, y su limitación expositiva a una mera cronología, así como la perspectiva de historiador, desde la que aborda su trabajo, aparecen textualmente afirmados por Pedro de Valencia en un pasaje acerca de uno de los muchos enfrentamientos dialécticos en que se enzarzaron las escuelas helenísticas, con el que justifica a un tiempo su propio método basándolo en el cometido del historiador, que hace suyo:

«como quiera que a nosotros nos interesa más la claridad que la elegancia o la brevedad, vamos a presentar aquí la discusión de Arcesilao contra Zenón al modo como suele presentarse a un par de alumnos que discuten entre sí; añadiremos también la doctrina de Zenón y de los estoicos acerca del criterio de verdad. De esta manera quedará bien en claro el origen y las causas de la lucha más encarnizada habida entre las dos principales tendencias filosóficas, los académicos y los estoicos: esto en modo alguno debe pasar por alto ningún historiador»<sup>27</sup>;

anticipación por razones metodológicas de un principio didáctico incuestionable, en el que se reafirma cuando la obra va muy avanzada, como anuncio indirecto de su conclusión, confirmando al mismo tiempo el criterio diacrónico de su exposición<sup>28</sup>.

En la obra se aprecia una particular preocupación por el rigor metodológico, pero esa postura intelectual no debe ser sólo un planteamiento previo a la redacción y que repercuta significativamente en la composición y estructura. Más bien parece la conciencia de que se trata de un requisito imprescindible en toda tarea intelectual. Forzoso es admitirla como sensibilidad del autor a partir del hecho de que haga especial hincapié, repetidamente, en la

26 Véanse los pasajes ya citados de las páginas 229 (n. 23) y 251 (n. 9).

27 Cf. *Academica*, 170.

28 Cf. *Academica*, 237: «Y hasta aquí habíamos pensado llegar en nuestra exposición. Ahora, como pensamos que de este modo vamos a concluir toda la historia acerca del criterio de verdad, nos place recoger aquí, como añadidura, la doctrina de los cirenaicos y la de Epicuro acerca del mismo problema».

metodología de las escuelas filosóficas cuyos avatares narra, si bien le interesa únicamente en lo que concierne al tema concreto del criterio de verdad. Deja entreverla al aludir a la difusión de determinados procedimientos de transmisión de ideas<sup>29</sup>, pero resulta más explícito en otras ocasiones, por cuanto la crítica de los puntos débiles de algunas posturas no constituye óbice para reconocer el rigor demostrado en la especulación, que así resalta todavía más, como es el caso del pasaje siguiente:

«Pero no porque los académicos frenaran el asentimiento en todo lo que es objeto de discusión, tenemos que considerarlos desidiaosos y holgazanes, cuando en realidad fueron ellos los más trabajadores y más celosos buscadores de la verdad, entre todos los demás filósofos; y para la consecución de la verdad se fijaron una empresa muy difícil y complicada. Trataron de investigar con cuidado las doctrinas de cuantos filósofos se habían ocupado de todos los aspectos de la filosofía, aprendiéndolas y conservándolas en la memoria, y, al mismo tiempo, intentaron descubrir y presentar en público cualquier otro principio aún no descubierto que pudiera imaginarse en torno al mismo problema, después de analizar ellos todos los detalles. Y todos dieron su parecer en favor o en contra de todas sus opinines. Creían que ese era el mejor tipo de enseñanza, pues, una vez examinadas todas las opiniones de todos y sopesada y reconsiderada la importancia de los argumentos...»<sup>30</sup>;

y es de notar el especial énfasis que muestra cuando del rigor metodológico de los académicos se trata, sin que ello autorice a afirmar que él lo fuera, dada la ausencia de una manifestación expresa en tal sentido<sup>31</sup>.

Partiendo de semejante premisa, no deberá sorprender el que *Academica* no sea una exposición improvisada o que avance desordenadamente. Todo en ella testimonia que el autor tenía, cuando menos, una visión de conjunto del tema y de lo que iba a decir acerca de él, incluso un plan de redacción trazado de antemano. En distintos lugares, especialmente al comienzo de los varios apartados que el propio Pedro de Valencia establece, aplaza la exposi-

29 Cf. *Academica*, 228: «muchos libros de Plutarco, y todos los filosóficos de Cicerón contienen algún ejemplo de ese método de transmitir una disciplina cualquiera».

30 Cf. *Academica*, 226.

31 Opinión ya formulada por Serrano y Sanz en la obra citada, recogida por Oroz Reta en el artículo citado, y contra la que se manifiesta en *Academica*, p. 50.

ción de aspectos concretos para más adelante. La alusión incidental a un personaje puede ir acompañada de reservas sucintas justificadas por lo significativa repercusión de su labor en la historia filosófica, como en el caso de Filón<sup>32</sup> o de Carnéades<sup>33</sup>. En otras ocasiones, son los propios temas concretos los que parecen obligarle a introducir referencias genéricas a la exigencia de orden en la exposición<sup>34</sup>. La dilación parece venir requerida por la propia comprensión de un problema, con el fin de no alterar el criterio estrictamente cronológico que el autor se ha propuesto seguir (lo que sucedería inevitablemente si expusiera sucesivamente las varias posturas sobre un aspecto de detalle), mas llamando al mismo tiempo en tales casos la atención del lector para que lo tenga presente en el momento oportuno<sup>35</sup>; pero puede reflejar también una mera cuestión de orden<sup>36</sup>; servir para apoyar las afirmaciones con fuentes originales<sup>37</sup>; o subsanar las deficiencias de la tradición<sup>38</sup>.

Todo ello es fácilmente comprensible, habida cuenta del carácter cronológico de la obra, ya señalado, de forma que, cuando de temas objeto de debate se trata, cada opinión sea abordada en su momento histórico. Así sucede, efectivamente, y el autor suele incluir la correspondiente referencia al hecho o al propio momento del aplazamiento<sup>39</sup>; manifiesta la conciencia de haber tratado

32 Cf. *Academica*, 169: «del que nos ocuparemos ampliamente, y que aparece como un gran innovador de la Academia...».

33 Cf. *Academica*, 171: «cuando nos ocupemos de Carnéades, que es su verdadero fundador, expondremos en todos sus detalles el sistema completo de la Academia nueva».

34 Cf. *Academica*, 170: «pero ahora no vamos a examinar el problema mismo, ni expondremos nuestro parecer, sino que vamos a referir un hecho...»; o en 173: «pero de esto hablaremos más por extenso en otro lugar».

35 Cf. *Academica*, 182: «la diferencia más notable entre el sistema de Pirrón y la doctrina de la Academia consiste en que los académicos, como hemos de ver claramente más adelante, no suprimen...».

36 Cf. *Academica*, 220: «queda por hablar de la epokhé, uno de los principales puntos de la Academia».

37 Cf. *Academica*, 231: «Pero vamos a presentar de forma resumida qué es lo que pensamos acerca del pensamiento de Filón, y entonces traeremos a colación los testimonios de los antiguos, de los que podremos sacar nuestro pensamiento».

38 Cf. *Academica*, 237: «Y sean éstos los puntos que aportaremos para esclarecer las Cuestiones Académicas de M. Tulio Cicerón. Por supuesto que, de habernos llegado íntegros esos libros, no necesitarían ahora ninguna aclaración».

39 Cf. *Academica*, 230: «La doctrina de estos últimos (Clitómaco y Carnéades), según expuse, quedaba resumida en estos tres puntos...».

un asunto suficiente<sup>40</sup> o repetidamente<sup>41</sup>. Si en varios de esos casos asoma su plan inicial, disipa cualquier duda que pudiera surgir sobre su visión de conjunto de la obra el recuerdo que hace, muy avanzada ésta, de la promesa de ocuparse especialmente de la figura y las ideas de Filón<sup>42</sup>, efectuada al comenzarla<sup>43</sup>. Igualmente, en previsión de que el lector no pierda el hilo de la argumentación, aparecen con frecuencia frases de recapitulación. Unas veces, la observación corresponde a momentos finales de cada apartado<sup>44</sup>; otras, las indicaciones se producen al comenzar uno nuevo<sup>45</sup>.

No es sólo de cara al lector como se manifiesta la existencia de un plan de trabajo previo. Pedro de Valencia conoce en todo momento, normalmente, en qué punto de su exposición se encuentra, qué le queda por tratar, y, consiguientemente, sus razones para no responder a posibles objeciones de quienes pudieran achacarle desorden expositivo, a causa de su visión parcial de lector, que sabe lo que ha leído, pero no el contenido restante. Y siempre asoma el criterio metodológico como plausible explicación de su proceder, tal como lo refleja el pasaje siguiente:

«No será fácil entender las doctrinas de la filosofía estoica si antes no se ha analizado cuidadosamente su origen, puesto que con frecuencia se trata de doctrinas nuevas. Para explicar la doctrina estoica acerca del criterio de verdad, creemos debemos comenzar por el principio o los orígenes de dicha escuela»<sup>46</sup>.

40 Cf. *Academica*, 182: «Y ya hemos dicho muchas cosas acerca del escepticismo, de acuerdo con lo que nos hemos propuesto. Ya es hora de que volvamos a ocuparnos de la Academia, después que hayamos expuesto, como hemos prometido y según creemos necesario, el valor del enemigo, es decir de los estoicos».

41 Cf. *Academica*, 225: «Pero de todo esto ya hemos hablado más de dos veces».

42 Cf. *Academica*, 229: «Al comienzo de esta exposición anticipé que mi principal tarea versaría sobre Filón».

43 Cf. *Academica*, 169.

44 Cf. *Academica*, 184: «sobre este punto... existe una discusión o polémica muy violenta, sobre la que se ha hablado más de la cuenta»; o en 199: «y esto es todo acerca del criterio, según la doctrina de los estoicos»; así como las ya citadas 229 (n. 23) y 237 (n. 28).

45 Cf. *Academica*, 184: «Pero volvamos cuanto antes a la Academia»; 188: «Pero ya es hora de que volvamos a los detalles de la doctrina de los estoicos»; 250: «Aun nos queda algo que añadir ahora»; y las citadas 199 (n. 25) y 229 (n. 42).

46 Cf. *Academica*, 182, pasaje que continúa lo dicho en las líneas anteriores: «Y ya hemos dicho muchas cosas acerca del escepticismo, de acuerdo con lo que nos hemos propuesto. Ya es hora de que volvamos a ocuparnos de la Academia, después de que hayamos expuesto, como hemos prometido y según creemos necesario, el valor del enemigo, es decir de los estoicos».

Por su parte, aseveraciones del mismo tenor, pero más breves, introducen digresiones justificadas por el valor documental de la fuente original<sup>47</sup>; por la necesidad de razonar sobre conceptos previos bien definidos<sup>48</sup>; por la oportunidad de anticipar una opinión contrapuesta que haga más luz sobre un asunto<sup>49</sup>; o, simplemente, la recapitule<sup>50</sup>. A todo ello hay que añadir negativas explícitas a repetir lo ya dicho, sean fuentes antiguas<sup>51</sup>, sea su propio texto<sup>52</sup>.

En la obra no se aporta dato tras dato indiscriminadamente, y el autor transmite de forma expresa, de vez en cuando, la idea de una consciente selección de temas y documentos en función de su valor de cara al problema del criterio de verdad que es el que estudia<sup>53</sup>. Tampoco hay que omitir al respecto, la conciencia que tiene el autor de que la obra que ha emprendido contiene implícitas cuestiones sugerentes en aspectos marginales o complementarios, cuyo estudio futuro ofrece a quien los quiera abordar, si es que no insinúa la probabilidad de que los trate él mismo<sup>54</sup>.

Siendo cierto todo lo anterior, quizá puede dejar la impresión de que nos hallamos ante una obra vulgar, en medio de su corrección formal. No es menos cierto, sin embargo, que *Academica* puede ser considerada como una buena muestra del quehacer filológico.

Pedro de Valencia, en efecto, es plenamente consciente de la existencia de una tradición, y de la dependencia de filósofos poste-

47 Cf. *Academica*, 188: «De todos modos, creemos que es bueno reproducir aquí las palabras de Plutarco, pues tratan magistralmente el tema que ahora nos ocupa».

48 Cf. *Academica*, 191: «Pero, en realidad, todavía no hemos llegado a la doctrina de la Academia, pues debemos aclarar más estas ideas estoicas que son, de por sí, bastante complicadas».

49 Cf. *Academica*, 215: «Ahora queremos referirnos a lo que acerca de los sentidos afirmaban los estoicos y, a su vez, rechazaban los académicos, según indicábamos antes,...».

50 Cf. *Academica*, 225: «Ya ves, pues, cuán diferente es esta doctrina de la argumentación de los estoicos»; así como la ya citada 193 (n. 12).

51 Cf. *Academica*, 208: «Algo de todo eso puedes ver en el Lúculo, ya que no quiero transcribir aquí todo lo relativo a este punto».

52 Cf. *Academica*, 236: «Resulta que el objeto de nuestro comentario, es decir la exposición de las doctrinas de Antíoco acerca del criterio de verdad, ya lo hicimos cuando expusimos las doctrinas estoicas, de modo que no debemos repetirlo otra vez ahora»; y también en la citada 225 (n. 50).

53 Cf. *Academica*, 177: «Aunque llegados a este punto parece que debemos exponer qué es el escepticismo y cuáles son su doctrina y los principios de Pirrón, con todo podríamos pasar por alto todo eso, sin faltar a nuestro propósito, dado que...»; y textos citados de las páginas 182 (n. 40); 199 (n. 25) y 237 (n. 28).

54 Cf. *Academica*, 194: «Pero de esto tendremos ocasión de hablar en otro lugar»; y 236 (n. 14).

riores respecto de otros anteriores. Unas veces se hace eco de ella indicándola explícitamente, caso de Demócrito y Epicuro<sup>55</sup>; o a través de una hipótesis personal debidamente fundada<sup>56</sup>, así como aportando, en su caso, citas textuales que prueban la filiación de Filón<sup>57</sup>, o de Varrón<sup>58</sup>. Idéntica idea se refleja en la importancia que De Valencia da a la difusión de sistemas de pensamiento no escritos, realizada por discípulos de un maestro<sup>59</sup>, al igual que en opciones personales por tendencias o personas de una misma escuela cuando de cuestiones discutidas en su seno se trata<sup>60</sup>; o al reconocer y confirmar las fuentes de determinados filósofos<sup>61</sup>.

Por otro lado, y esto resulta más significativo, tiene siempre presente el valor de la herencia recibida y la importancia de acudir a las fuentes mismas en las que se plantearon los problemas por vez primera. Para De Valencia, en efecto, las fuentes griegas constituyen la base lingüística y epistemológica para acceder al contenido de la filosofía latina<sup>62</sup>; las afirmaciones que puedan hacerse sólo se sostienen en la medida en que vengan confirmadas por testimonios antiguos<sup>63</sup>; la comprensión de las ideas se abre paso únicamente gracias al cotejo

55 Cf. *Academica*, 246: «Todo lo anterior, al igual que toda física de Epicuro, es también doctrina de Demócrito, el cual, según nos indica Cicerón, había escrito...».

56 Cf. *Academica*, 221: «Tal vez Eusebio contaba esto, siguiendo la autoridad de Filón, pues parece raro que él mismo atribuyera nada a Carnéades, si no era ese realmente el parecer de Filón».

57 Cf. *Academica*, 203: «Lo que sigue, en la cita de Filón, es propio de la Academia y también de Carnéades, aunque parece que fue tomado de aquellos diez lugares o modos muy conocidos de los pirrónicos...».

58 Cf. *Academica*, 237: «Por su parte Varrón, el más erudito de los romanos, preferiría más bien a Antioco, como escribe Cicerón al mismo Varrón, y como se desprende de lo que aporta San Agustín tomado de un libro suyo, perdido para nosotros, titulado Acerca de la filosofía. He aquí cómo resume san Agustín todo el sistema de Antioco, según la opinión de Varrón».

59 Cf. *Academica*, 229: «Clitómaco se cuidó de que se transcribieran las opiniones de su maestro, que no había dejado nada escrito, y él mismo las divulgó».

60 Cf. *Academica*, 221: «Ahora bien, yo, fiándome de Clitómaco, al igual que Cicerón, más que de Filón o de Metrodoro...».

61 Cf. *Academica*, 247: «Con todo, a excepción de lo que nos han transmitido varios autores, junto con Cicerón, las palabras de Epicuro, tomadas de la Carta a Pítoles, y las que nos refiere Diógenes Laercio tomadas del libro 11 de la obra de Epicuro Sobre la naturaleza, no admiten interpretación»; además de las citadas 166 (n. 13) y 177 (n. 53).

62 Cf. *Academica*, 163: «Pensando en los que han de intentar leer las obras filosóficas de M. Tulio Cicerón, y en especial su Lúculo, creemos que la aportación de la erudición griega... les ha de prestar una ayuda muy valiosa y aportará una gran luz a otros libros de los autores antiguos».

63 Cf. *Academica*, 201: «Sabemos muy bien que todo esto debe ser confirmado por el testimonio de los antiguos».

directo o indirecto de las fuentes<sup>64</sup>; y son esos mismos testimonios los que colaboran a la formación de un criterio<sup>65</sup>.

En última instancia, el humanista entiende que debe reducir su papel en la composición de la obra a la presentación de los textos originales a los que se refiere en su cronología<sup>66</sup>. Ofrecer al lector los textos constituye para De Valencia una verdadera necesidad, exigida por el rigor científico de su labor, de forma que sólo su cotejo permitirá extraer conclusiones<sup>67</sup>; y aflora igualmente en la obra una especial sensibilidad por los problemas de la transmisión de los textos, no ocultándose en más de una ocasión la contrariedad ante las carencias que resultan de la deficiencia con que se ha producido<sup>68</sup>.

En directa relación con lo anterior, la semántica constituye para Pedro de Valencia la clave de la resolución de conflictos planteados entre diferentes escuelas, manifestando repetidamente la necesidad de analizar la correspondencia de conceptos diversos, ya sea dentro de una misma lengua clásica, como entre las dos. El autor, en efecto, llama la atención sobre la interpretación correcta de palabras polisémicas<sup>69</sup>; la distinción terminológica aplicada a dos aspectos de una misma realidad<sup>70</sup>; la atención que ha de prestarse

64 Cf. *Academica*, 211: «Toda esta exposición de la Academia nueva resultará más clara si tenemos en cuenta dos pasajes de Clitómaco, alumno de Carnéades, incluidos en el *Lúculo*».

65 Cf. *Academica*, 231: «Pero vamos a presentar de forma resumida qué es lo que pensamos acerca del pensamiento de Filón, y entonces traeremos a colación los testimonios de los antiguos, de los que podremos sacar nuestro pensamiento»; así como las ya citadas 170; 247 y 251.

66 Cf. *Academica*, 170 (n. 27); 201 (n. 63), etc. y basta pensar que en las 94 páginas de la obra aparecen más de 100 citas textuales y casi 150 glosas y resúmenes de más de 30 autores antiguos, muchos de los cuales aparecen aludidos simplemente en muchas ocasiones más, de forma que fácilmente se puede comprobar que apenas queda espacio para formular opiniones personales, sobre cuyo texto realizar, en consecuencia, una aproximación como la presente.

67 Cf. *Academica*, 166 (n. 13); 177 (n. 53); 201 (n. 63); 203 (n. 57); 208 (n. 51); 231 (n. 37); 237 (n. 38); 247 (n. 61).

68 Cf. *Academica*, 187: «Acerca de este problema, podemos ver algunas explicaciones en la Física de Estobeo, pero son pasajes tan corruptos, que no creo deban ser traídos a colación en este punto. Pero, según creo, van en este sentido»; así como las ya repetidamente citadas 177; 225; 237; 247 y 251.

69 Cf. *Academica*, 184: «Dato que la palabra *sensus* posee muchas acepciones, cuando en la aprehensión hablan de los sentidos, se están refiriendo, como indica la misma definición, a la aprehensión realizada...».

70 Cf. *Academica*, 198: «Debemos saber que la primera de estas dos clases de opinión es la que Cicerón llama sencillamente *opinatio*, mientras que a la segunda le da el nombre de *suspicio*, tal como aparece en las palabras de Varrón que hemos citado».

a la etimología en la creación o elección de vocablos y su importancia en la interpretación de los correspondientes conceptos<sup>71</sup>; la equivalencia semántica entre vocablos, de lenguas distintas<sup>72</sup>, o entre dos de una misma lengua<sup>73</sup> a la hora de designar conceptos; la utilización de vocablos distintos para una misma realidad como fuente de discrepancia entre las escuelas filosóficas<sup>74</sup>, cuestión esta última que parece vinculada, en algún caso, a la de la fiabilidad de las traducciones disponibles<sup>75</sup>.

La conciencia de las dificultades que ofrece toda traducción, por otro lado, está en absoluta consonancia con la preocupación constante del zafrense por que se tenga en cuenta el sentido conjunto de los textos y se eviten traducciones parciales que puedan sacarlos de su contexto. Tales procedimientos despiertan su extrañeza y los encuentra inexplicables<sup>76</sup> y muestra ante ellos una continua precaución, sublimando de esta forma sus escrúpulos metodológicos cuando acude a fuentes a las que atribuye autoridad<sup>77</sup>, especialmente por lo que atañe a los textos griegos, que procura traducir personalmente siempre que puede<sup>78</sup>, y cuya traducción personal reivindica por las muy fundadas razones que expone<sup>79</sup>.

71 Cf. *Academica*, 213: «Toda la fuerza de este argumento se basa en la etimología de la palabra latina *verisimile*».

72 Cf. *Academica*, 214: «Pero si quisiéramos emplear en su significado propio y cierto el vocablo griego *déelon* y el latino *certum*...».

73 Cf. *Academica*, 216: «La fantasía *aperíspastos* y *periodeuménee* o *exodeuménee* —estos dos vocablos significan lo mismo—...».

74 Cf. *Academica*, 234: «Por lo que parece, Filón disentía de Carnéades solamente en cuanto a las palabras, ya que llamaba percibido y conocido a lo que Carnéades calificaba de *déelon* y *enargeés*, es decir, cierto y evidente».

75 Cf. *Academica*, 251: «No me fiaba mucho de la fidelidad de los traductores latinos, sobre todo en los libros que van contra los filósofos, máxime cuando estos temas o cuestiones han de tener muy en cuenta los vocablos griegos con que se exponía cada uno de ellos. Es bien sabido que esto interesa muchísimo en estos casos, ya que cada una de las escuelas filosóficas utiliza a su modo los términos que ella misma ha acuñado».

76 Cf. *Academica*, 190: «No sé por qué motivos se han omitido en la traducción latina aquellas palabras de la definición *katá autó tó hypárkhon* —'como es lo que es'—, que parecen absolutamente necesarias, según vemos en la explicación de Sexto *Empírico*...».

77 Cf. *Academica*, 215: «o, como parece traducir Cicerón, 'resultantes de un examen completo y de un fino cálculo y no son rechazadas'».

78 Cf. *Academica*, 251, citada en n. 75.

79 Cf. *Academica*, 242: «Esto es lo que dice Aristocles, y que yo he traducido directamente, pues me resultaba molesto recoger aquí el texto griego. Y he copiado todo este largo pasaje de manera que sirva de ejemplo de cómo no hay que apreciar las opiniones de los filósofos antiguos tal como las exponen sus adversarios».

En última instancia, el discreto segundo plano en el que deliberadamente se automargina nuestro autor, así como su obsesión por la objetividad y por el deseo de influir lo menos posible en el lector, lo llevan una y otra vez a recomendar a quien esté verdaderamente interesado en las cuestiones que trata, que acuda a la lectura directa de los textos originales, especialmente cuando, por una u otra causa, no los puede presentar o no lo considera necesario. En efecto, la consulta directa de las fuentes viene a aliviar el trabajo del autor, cuando su extensión desaconseja la transcripción del texto<sup>80</sup> y, en algún caso, la propia facilidad para acceder a ellas le invita justificadamente a sugerírsela al lector<sup>81</sup>, en cuyas presuntas circunstancias favorables se apoya también para hacerlo, aludiendo implícitamente a la carencia de ellas esgrimida en su momento para fijar el alcance de su obra<sup>82</sup>. No es menos cierto que la razón fundamental de que proceda así suele ser el valor intrínseco de los textos originales<sup>83</sup>, cuya lectura, llegado el caso, no duda en facilitar de Valencia, acometiendo él mismo su traducción<sup>84</sup>.

Lo anterior no quiere decir que el autor esté ausente de la narración. Su intención inicial debió de ser ésa, según manifiesta en el primero de los apartados, e indirectamente recuerda en alguna otra ocasión hacia la mitad de la obra<sup>85</sup>. No obstante, y sin contradecir del todo su primitivo propósito, paulatinamente aunque con no excesiva frecuencia, la personalidad de Pedro de Valencia aflora, testimoniando una indudable altura intelectual, al menos como crítico, ya que no como filósofo original<sup>86</sup>. El humanista deja traslucir su actitud crítica a través de preguntas sobre cuestiones dudo-

80 Cf. *Academica*, 196: «Acerca de todo esto, encontramos un largo párrafo en Lúculo, inmediatamente después de aquellas palabras ‘Vamos, pues, a comenzar por los sentidos, etc.’, que se pueden leer en la obra de Cicerón, pues yo no quiero transcribir aquí todo el volumen».

81 Cf. *Academica*, 177: «podríamos pasar por alto todo eso... dado que los comentarios del pirrónico Sexto andan entre las manos de todos, y en ellos cualquiera puede informarse con todo detalle; y los que todavía no han podido entregarse a su lectura con holganza, pueden enterarse cómodamente gracias a las obras de Diógenes Laercio».

82 Cf. *Academica*, 179: «El que tenga tiempo libre, puede ver la explicación de esta definición, tal como la expone el mismo Sexto».

83 Cf. *Academica*, 220: «Añade además otras cosas sobre el criterio, todas dignas de una lectura, pero que correspondían a la Academia».

84 Cf. *Academica*, 224: «Escuchemos al propio Plutarco, según nuestra traducción», u otras ya citadas anteriormente en diversos lugares, como 208; 210; 231 y 237.

85 Cf. *Academica*, 170; 210 (pasajes ya citados).

86 Cf. Oroz Reta, *Academica*, 50.

sas<sup>87</sup>; apuntando la debilidad de los argumentos, indistintamente en contra<sup>88</sup> o a favor<sup>89</sup> de un mismo asunto; sugiriendo prudencia ante ideas o datos que considera insuficientemente documentado<sup>90</sup>. A ello han de sumarse los breves comentarios que inserta esporádicamente en relación con la metodología, en los que se refleja su constante falta de prejuicios y consiguiente respeto por la labor del filósofo<sup>91</sup> y los muy pensados fundamentos de su postura<sup>92</sup>; o que aportan observaciones de pura experiencia<sup>93</sup> e intentos de perfeccionar las insuficiencias que cree apreciar en el método de los antiguos<sup>94</sup>.

Las conclusiones de tipo doctrinal no proliferan, pero, cuando las formula, lo hace habitualmente con delicada precaución y no resulta fácil distinguir muchas de ellas de las metodológicas. Se refieren al ámbito conceptual<sup>95</sup>, extraen la lógica implícita en planteamientos filosóficos<sup>96</sup>; señalan sus consecuencias<sup>97</sup> o la identidad

87 Cf. *Academica*, p. 201: «Yo desearía saber por qué la Academia nueva defiende que Nada es percibido y cómo utiliza ese principio», y la citada 190.

88 Cf. *Academica*, 209: «Los medios con que los académicos atacan y creen haber destruido la dialéctica son muy débiles».

89 Cf. *Academica*, 210: «Tampoco son muy firmes los argumentos con que San Agustín defiende la dialéctica contra los ataques de los académicos...», y la citada 177.

90 Cf. *Academica*, 229: «Y es que todo lo relativo a este Filón está bastante oscuro. En efecto, ni incluso después de haber realizado una investigación bastante escrupulosa he podido descubrir con claridad qué tipo de opiniones exponía y cuál fue su labor...».

91 Cf. *Academica*, 240: «He aquí cuál es la opinión de estos filósofos. Me parece que no debemos aceptar, pero tampoco buriarnos de la doctrina de los cirenaicos, ya que parece que el mismo san Agustín la admitía más bien que la rechazaba. Pero los que profesan otras tendencias o doctrinas filosóficas tienen la costumbre de exponer e interpretar las doctrinas ajenas para cuya refutación se preparan, y suelen presentarlas y expresarlas con matices tan vergonzosos que parezca que no puede darse nada tan ridículo como esa doctrina».

92 Cf. *Academica*, 242: «Y he copiado todo este largo pasaje de manera que sirva de ejemplo de cómo no hay que apreciar las opiniones de los filósofos antiguos, tal como las exponen sus adversarios. Y yo mismo, cuando oigo que se exponen de una manera burlona ciertas opiniones absurdas de hombres en otro tiempo famosos, que se presentan al margen del sentido común de los hombres, no puedo llegar a creer que dichas opiniones hayan sido expuestas e interpretadas con fidelidad, tal como las sentían y enseñaban sus autores».

93 Cf. *Academica*, 222: «Pero esto, según me parece, es propio de quien se reconoce inferior».

94 Cf. *Academica*, 218: «Pero se me antoja que a esta clarísima división le falta un argumento».

95 Cf. *Academica*, 206: «De esta manera, los estoicos defienden que nada se aprehende, es decir, que nada es probable».

96 Cf. *Academica*, 208: «Por tanto, dado que cada cosa se diferencia de todas las demás por su propia naturaleza, podrá y deberá ser reconocida, distinguida y diferenciada de todas las demás...».

97 Cf. *Academica*, 223: «Y mediante esta división los adversarios quedaban libres de la apatía, que era el otro fantasma de los estoicos».

entre dos posturas, vista ya en su tiempo<sup>98</sup> o afirmada por el propio De Valencia<sup>99</sup>; ajustan el significado filosófico de personas o sistemas<sup>100</sup>, confirman la lógica de ciertas dudas de interpretación<sup>101</sup>; o justifican actitudes personales<sup>102</sup> o, simplemente, dan por concluido un capítulo.

Tampoco es fácil separar las anteriores de los algo más numerosos resúmenes de aspectos parciales de las doctrinas filosóficas, a propósito de principios aceptados por sus miembros<sup>103</sup>; de la síntesis de todo un sistema<sup>104</sup>, del resultado de los cambios introducidos por alguno de sus dirigentes<sup>105</sup>; para señalar las diferencias entre escuelas<sup>106</sup>, o como mero comentario sobre lo voluminoso de sus tratados fundamentales<sup>107</sup>. Presencia indudable de su persona, muchas de ellas cierran los correspondientes resúmenes elaborados por el autor, y constituyen un complemento no meramente alternativo de los textos originales, pese a que pueda decirse que en tales casos no ha hecho otra cosa sino reproducir en estilo indirecto los contenidos correspondientes.

Finalmente, hay que considerar como tímida muestra de la personalidad del autor las propuestas de trabajo que efectúa, que

98 *Academica*, 215: «Ahora queremos referirnos a lo que acerca de los sentidos afirmaban los estoicos y, a su vez, rechazaban los académicos... Esto mismo sostenían los peripatéticos».

99 Cf. *Academica*, 176: «En consecuencia, creemos que Arcesilao es un pirrónico y no tenemos razones para distinguir la *Academica* media de la de Carnéades...».

100 Cf. *Academica*, 230: «Quedémonos, pues, con la idea de que Filón fue un renovador y que sus doctrinas no eran las mismas que las de Clitómaco y Carnéades».

101 Cf. *Academica*, 231: «Por eso Filón podría parecer un peripatético más que un académico».

102 Cf. *Academica*, 228: «Con todo, Favorino tiene una disculpa».

103 Cf. *Academica*, 194: «Los estoicos sostenían que todo lo que hay en el sabio, sea lo que fuere, es bueno...».

104 Cf. *Academica*, 199: «Y esto es todo acerca del criterio, según la doctrina de los estoicos».

105 Cf. *Academica*, 201: «Esto es un resumen muy claro de todo el sistema de Carnéades».

106 Cf. *Academica*, 225: «Ya ves, pues, cuán diferente es esta doctrina de la argumentación de los estoicos que gritan, hasta enronquecer, afirmando que nadie puede sentir ni apetecer sin asentimiento».

107 Cf. *Academica*, 176: «Los estoicos se complacen de tal suerte con los escritos e ingenio de Crisipo, que llegan a afirmar que, si se reunieran todos los libros de los académicos contra los sentidos, no se podrían comparar con los que Crisipo escribió él solo con la misma finalidad».

han sido abordadas a propósito de las limitaciones intelectuales esgrimidas y que no es cuestión de repetir aquí<sup>108</sup>.

Hay otra faceta de la obra que tratamos, en la que puede vislumbrarse la presencia del autor, porque sólo a una personalidad concreta puede deberse, y que constituye, a nuestro juicio, lo verdaderamente interesante de *Academica* y coronación del esfuerzo en ella desarrollado. No estamos, en efecto, ante una obra exclusivamente científica y meramente narrativa, a la que la dificultad del tema haga seca y carente de atractivo, a la par que aburrida. El propio Pedro de Valencia es consciente de que debe atender a las condiciones de los destinatarios de su trabajo, y antes que nada a las del funcionario a quien se la dedica, partiendo de la base de que no tienen por qué ser filósofos, ni estar versados en cuestiones filosóficas, pero en quienes presupone respetuosamente una inteligencia nada mediocre, o, cuando menos, interesada por el saber, deseosa de perfeccionarse y capaz de suplir sus lagunas<sup>109</sup>.

En primer lugar, la obra está plagada de referencias culturales clásicas, mitológicas o literarias, con las que, a modo de ejemplo, trata de hacer más fácilmente comprensibles algunas de las opiniones filosóficas que expone. Habrá de suponerse que tales alusiones, dada una mínima cultura general, debían resultar en su tiempo evocadoras e ilustrativas por su carácter prototípico. Se pueden encontrar, en efecto, citas textuales de autores clásicos como Homero o Hesíodo, algo nada extraño habida cuenta de su influencia en la tradición antigua. Hay que destacar, sin embargo, que De Valencia las incluye precisamente por haber sido citadas por los propios filósofos antiguos<sup>110</sup>, recalcando así indirectamente la importancia de esa tradición, y añadiendo, en su caso incluso un breve comentario sobre su situación contextual para aclarar su sentido<sup>111</sup>.

108 Cf. *Academica*, 201; 218; 236; 242; 247 (pasajes ya citados, en su caso incluso repetidamente).

109 Cf. *Academica*, 159: «Por supuesto que nunca llegué a convencerme de que los frutos de mi inteligencia fueran tales que pudieran agradar al paladar de los menos inteligentes», y el pasaje ya citado de 169-170.

110 Cf. *Academica*, 173: «Alababa aquella sentencia de Hesíodo: los dioses han ocultado su sabiduría a los hombres» (citado por Eusebio).

111 Cf. *Academica*, 176: «... solía repetir Carnéades: tu misma cólera te perderá. Se trata de un hemistiquio que Homero pone en boca de Andrómaca interesada en que Héctor regrese del combate».

Más numerosas son las referencias a personajes de la Antigüedad, puramente literarios unos, históricos otros. Por lo que se refiere a los primeros, pueden aparecer empleados por su condición de símbolos de la condición humana, como Héctor<sup>112</sup> o Ayax<sup>113</sup>, o bien en la medida en que su peripecia literaria parece constituir un ejemplo práctico de problema epistemológico, que así resulta mejor ilustrado y, por tanto, más fácilmente comprensible, caso de la *Helena*<sup>114</sup> y la *Alcestris*<sup>115</sup> euripídeas. Por lo que hace a los personajes de carne y hueso, como *Julio César*, la función es similar, sólo que, en este caso, sus propios límites cronológicos, junto con su protagonismo histórico, contribuyen a ejemplificar la incidencia del factor espacio-temporal en la cognoscibilidad de la realidad<sup>116</sup>.

Sin embargo, no puede decirse que Pedro de Valencia se refugie en una particular torre de marfil intelectual, limitándose en sus ejemplos al mundo clásico. En efecto, en aras de conseguir la máxima comprensión, y siguiendo, en el fondo, un método tempranamente presente ya en la propia tradición clásica, recurre a una cantidad todavía mayor de ejemplos, comparaciones, metáforas, con la que pretende acercar la argumentación a la vida diaria de los posibles lectores, bien sea por inspirarse para ello en la naturaleza como por referirlas a usos y costumbres sociales, previsiblemente experiencias de dominio público en uno y otro caso.

Ello se hace patente desde el inicio mismo de la obra, tanto en la dedicatoria, en que su propia facultad discursiva es vista como un campo labrantío, y la obra resultante como el fruto cosechable<sup>117</sup>; como en la introducción, cuando critica el ambiente en que

112 Cf. *Academica*, 175: «Esto es lo que los estoicos afirman de Crisipo, que es su Héctor».

113 Cf. *Academica*, 213: «paraban todos estos artefactos con el escudo de la probabilidad, cual si fuera el escudo de los siete bueyes que empleara Ayax».

114 Cf. *Academica*, 216: «Así, según vemos en Eurípides, Menelao que ha sido llevado a Faros no reconoce a Helena, a pesar de verla»....

115 Cf. *Academica*, 218: «podríamos tomar de Alcestris de Eurípides, un ejemplo de fantasía... Hércules hace volver del Hades a Alcestris, que ha muerto y ha sido enterrada, y se la entrega a su marido Admeto para que la guarde, haciéndole creer que es otra mujer».

116 Cf. *Academica*, 203: «Por más que yo haya contemplado y estudiado con la mayor atención posible muchas imágenes o estatuas de C. Julio César, llamado el dictador, realizadas por manos maestras, los estoicos pretenderán que yo nunca podré conocer y aprehender el verdadero rostro del que nunca vi en realidad».

117 Cf. *Academica*, 159: «No es habitual ni tampoco decente ofrecer a los dioses o a personajes importantes frutos vulgares... Pero como quiera que mi jardincillo te pertenece por entero tal cual es, cometeré yo una injusticia si no te ofreciera de buena gana los frutos que en él se producen, si tú me los pides».

se ve obligado a moverse, recurriendo a la imagen de las moscas para describir el diletantismo y falta de consistencia de los pseudo-intelectuales<sup>118</sup>. La tradición filosófica constituye un cauce fluvial, y sus avatares, alteraciones en la transparencia de sus aguas<sup>119</sup>, de manera que la propia ciencia constituye la culminación del esfuerzo y una especie de tierra de promisión<sup>120</sup>; y conceptos filosóficos revisten el carácter de maniobras de distracción frente al enemigo, igual que actúan animales como la sepia<sup>121</sup>. Aunque manteniendo su valor ilustrativo, mucho menos expresiva y poéticamente, las imágenes vienen a ser como portavoces de la realidad<sup>122</sup>; emisiones cuyo rumbo escapa al control de la fuente emisora una vez fuera de ella<sup>123</sup> y cuya fuerza va disminuyendo conforme siguen su libre curso<sup>124</sup>.

Son relativamente numerosos los recursos tomados de las diversas facetas de la experiencia vital del hombre. La referencia más inmediata es el ámbito familiar y así, una modificación de los criterios antes sostenidos es vista como una mudanza domiciliaria<sup>125</sup>; pero la propia observación de la naturaleza proporciona recursos para colocar la estrategia filosófica al nivel de ciertos hábitos animales<sup>126</sup>. Igualmente, una actividad profesional puede servir de

118 Cf. *Academica*, 161: «esos profetas mentirosos y sabios vulgares disfrutaban... revoloteando en torno de reyes y personajes pudientes, hasta llenar las cocinas de los ricos, cual enjambres de moscas».

119 Cf. *Académica*, 163: «Me voy a limitar a seguir el curso de aquel río que, procedente de Sócrates... desapareció en tiempos del filósofo romano, aunque poco más tarde volvió a aparecer... si bien, en realidad, después de Cicerón sus aguas ya no fluían abundantes» ya citado en la nota 62.

120 Cf. *Academica*, 193: «llevo demasiado rato clavado en las espinosas cuestiones estoicas..., ciencia que es la meta del camino, la arribada de la travesía e incluso de los hombres felices» ya citado en la nota 12.

121 Cf. *Academica*, 172: «se parapetó tras la epokhé como las sepias tras un borrón de tinta» (según Numenio).

122 Cf. *Academica*, 238: «aunque no son mensajeras veraces de las realidades»...

123 Cf. *Academica*, 245: «lanzándose y entrechocándose unos contra otros...» «de todos los cuerpos... fluyen y andan vagando de acá para allá» (afirman los epicúreos).

124 Cf. *Academica*, 246: «Estas imágenes, arrastradas de un lugar a otro... se van desgastando, y, finalmente, se disipan»...

125 Cf. *Academica*, 235: «Afirmaba (Antíoco), por el contrario, que se había pasado a la Academia de Platón y Jenócrates... como el que se traslada de una casa nueva a la antigua».

126 Cf. *Academica*, 200: «Podemos pensar que el tal Carnéades, cediendo y remitiendo un poco respecto a la inflexible obstinación pirrónica de Arcesilao, retrocedió a la manera de una fiera, como nos cuenta Numenio en la obra de Eusebio, para, una vez repuestas sus fuerzas y ya en tensión, atacar con mayor ímpetu y arrojó».

inspiración, de forma que la práctica filosófica es comparable el ejercicio de la medicina<sup>127</sup> y la función del filósofo no difiere de la del piloto de un barco<sup>128</sup>. Muy particularmente, el mundo del comercio aporta los modelos más plásticos para hacer comprensibles conceptos filosóficos, como la sensación, cuyo proceso y efecto es similar al de utilización de los sellos<sup>129</sup>; o la percepción de la realidad que actúa a modo de balanza<sup>130</sup>, incluidas sus limitaciones, que se corresponden a su vez con las dificultades experimentables en la consecución de un conocimiento exacto de la realidad<sup>131</sup>. En un terreno más teórico, realidades científicas como el círculo y sus elementos ilustran, a su vez, la relación entre los sentidos y el órgano que los reúne y controla<sup>132</sup>.

Ahora bien, no deja de resultar significativo el que, tantas veces como en los restantes casos, se inspire en la milicia y la estrategia para hacer asimilables conceptos, situaciones o ideas, lo que, bien mirado, resulta congruente con el ambiente en el que se mueve el autor y la actividad fundamental de sus destinatarios inmediatos, si no hay que pensar también en un clima social que hacía particularmente descriptivos tales ejemplos. No resulta demasiado arriesgado ver aquí una manifestación, tal vez inconsciente, del modelo renacentista de hombre de letras y armas a la vez. Las discusiones filosóficas, en efecto, son insistentemente vistas como combates<sup>133</sup>, y quienes intervienen en ellas, como defensores de su

127 Cf. *Academica*, 175: «En efecto, dicen que hasta tal punto dejó de prestar un apoyo a los sentidos y la costumbre, que más bien cual un mal médico aumentó la gravedad y la virulencia de la enfermedad».

128 Cf. *Academica*, 209: «...como hace el timonel, que cumple bien con su oficio cuando, aunque no pueda suprimir los bajíos, ordena que se eviten y se aleja de ellos».

129 Cf. *Academica*, 185: «si es que los tipos se graban en el alma como se imprime un sello».

130 Cf. *Academica*, 206: «los objetos tienen su propio peso, pero los hombres no tienen balanza alguna en su mente». «Existiendo oro verdadero y oro falso, no disponemos de suficiente cantidad de piedra lídica para comprobar la calidad, de manera que resulta necesario aceptar o rechazar el oro por su color, por su peso y dureza, y en consecuencia, nos servimos de un oro solamente probable».

131 Cf. *Academica*, 218: «Pero no hemos de creer que esta representación merecedora de toda nuestra confianza se da en todas partes ni en todas las cosas, sino que debemos utilizarla como una balanza más o menos exacta, según la estimación y precio de las cosas».

132 Cf. *Academica*, 184: «La sede, y, por así decir, el trono de esta parte, según escribe el propio Plutarco...» «...en un punto desde donde parten hasta los órganos sensoriales unos como radios, al igual que desde el centro de un círculo van los ejes hasta los puntos exteriores de la circunferencia».

133 Cf. *Academica*, 170: «De esta manera bien claro el origen y las causas de la lucha más encarnizada habida entre las dos principales tendencias filosóficas...» «...se verán claras las causas de la lucha y el origen de la nueva academia...» «exige (Arcesilao)

respectiva posición<sup>134</sup>. Argumentar viene a ser una defensa estratégica<sup>135</sup> y, además, llegar a rebatir las ideas contrarias una forma de destrucción<sup>136</sup>. Los conceptos que se van definiendo en el discurso lógico y en los que se basan los razonamientos no sólo vienen a ser armas y baluartes defensivos<sup>137</sup>, fortalezas<sup>138</sup>, sino también, en otro nivel, corazas y escudos<sup>139</sup>, y la crítica de otros sistemas resulta una forma de asedio, alzamiento o ataque<sup>140</sup>. La perseverancia en el sostenimiento de unas posturas filosóficas aparece como muestra de valor militar<sup>141</sup>.

Con esa práctica, nuestro autor no hace sino continuar la línea que le señalan los mismos textos grecolatinos originales, en muchos

que Zenón le conceda aquel otro principio: el sabio no debe aprobar nada, como consecuencia de la primera afirmación. En caso contrario, que acepte el combate. Zenón niega la consecuencia y acepta de buen grado la pelea. Entra Arcesilao en la lucha y, lanzando, a la manera de los griegos, una tea encendida contra el adversario, se inicia el combate».

134 Cf. *Academica*, 205: «parece que Antíoco, cuando todavía defendía a la Academia...».

135 Cf. *Academica*, 175: «Al encontrarse (Crisipo) entre ambos, en lo que escribió contra Arcesilao estableció una especie de barrera contra el ingenio y la agudeza de Carnéades. Le cerró la puerta, dejando bien pertrechados con toda clase de defensa los sentidos y las costumbres en caso de asedio...».

136 Cf. *Academica*, 191: «mientras los estoicos se afanaban en defensa de los sentidos, la costumbre, de la evidencia y la razón, los académicos se esforzaban en condenar y destruir el criterio de verdad...».

137 Cf. *Academica*, 212: «Y esta parece que fue la estrategia de Carnéades, una vez admitida y estructurada la probabilidad: no utilizar más que esa arma contra los enemigos, cuando, al verse acosado en el momento de la defensa de la acatalepsia, tuviera que refugiarse en ella como en una fortaleza, puesto que, si no era conquistada la acatalepsia...».

138 Cf. *Academica*, 220: «...si Carnéades, como algunos escribieron, abandonó por pereza y permitió que fuera derrotada la epokhé al desentenderse de defenderla del ataque conjunto de todos los filósofos conjurados contra ella, tendremos que afirmar que no obró tampoco a favor de la antigua dignidad de la Academia... una vez entregada a los enemigos la fortaleza misma de la Academia».

139 Cf. *Academica*, 213: «...ya que la fantasía aprehendente, que era la fortaleza de los estoicos, se venía abajo, al tiempo que los enemigos protegidos con la coraza de la probabilidad, se presentaban al abrigo de los dardos de los defensores. En efecto, cuando se arrojaba contra ellos la enérgeia, es decir, la evidencia y clarividencia de las cosas, y la certeza manifiesta de los sentidos, y el consentimiento o acuerdo de todos los argumentos y de todos los autores... paraban todos esos artefactos con el escudo de la probabilidad...».

140 Cf. *Academica*, 204: «contra él (Epicureo) se alzaron, aliando sus fuerzas de consuno, los académicos y los estoicos y toda la masa de las restantes escuelas. El ataque resultaba reñido y difícil...».

141 Cf. *Academica*, 182: «después que hayamos expuesto, como hemos prometido y según creemos necesario, el valor del enemigo, es decir, de los estoicos», ya citado en n. 46.

de los cuales los propios filósofos de la Antigüedad se sirven de idénticos instrumentos didácticos, si bien resultan actuales sólo para sus contemporáneos. Así, De Valencia encuentra en Cicerón, Numenio, Plutarco u otros, un inagotable filón de recursos que no duda en incorporar a su exposición. El autor de *Academica* se recrea, en efecto, recordando la equiparación ciceroniana del filósofo Arcesilao con Tiberio Graco<sup>142</sup>, o la comparación de la *apraxia* estoica con Medusa que hace Plutarco<sup>143</sup>, si de ejemplos históricos o mitológicos se trata. De la misma manera, en el campo de los hechos de la naturaleza o de la experiencia inmediata del hombre, hace suya la imagen del pólipo utilizada por los antiguos para describir la diversificación de los instrumentos cognoscitivos<sup>144</sup> a partir de una unidad central; igual que ejemplos plutarqueos, como el de la paloma, el grano de trigo y la higuera (al parecer tópico refranesco en su tiempo) para referirse a la imposibilidad de la existencia de una identidad absoluta entre dos realidades<sup>145</sup>; o de la música y el asno para ilustrar la inutilidad del esfuerzo en hacer entender determinados conceptos a ciertas personas<sup>146</sup>; así como el recurso de Cicerón a la música para mostrar la relación existente entre la realidad y su conocimiento, y sus dificultades<sup>147</sup>, y a diferentes movimientos de la mano para representar los distintos pasos en el proceso cognoscitivo<sup>148</sup>; sin olvidar la calificación de personas aletar-

142 Cf. *Academica*, 167: «Como dice Lúculo, en una de las obras de Cicerón 'cuando ya estaban bien asentados los sistemas de los filósofos apareció, cual otro Tiberio Graco, que alteró la tranquilidad dentro de un inmejorable sistema político, Arcesilao...'».

143 Cf. *Academica*, 188: «Por el contrario, como quiera que, pese a haber tomado de la Stoa la *apraxia* o privación de todas las acciones, que aparecía y se mostraba como la cabeza de Medusa...».

144 Cf. *Academica*, 183: «explica Crisipo y mucho más ampliamente Plutarco: del hegemonikon nacen y se derivan siete partes del alma que, extendiéndose por todo el cuerpo, se ramifican como un pólipo».

145 Cf. *Academica*, 208: «Plutarco afirma... dado que a lo largo de los tiempos no ha habido una paloma tan parecida a otra, ni una abeja semejante a otra, ni un grano de trigo tan igual a otro, ni una higuera tan pareja a otra —como en el refrán— que no se haya podido distinguir».

146 Cf. *Academica*, 224: «Escuchemos al propio Plutarco, según nuestra traducción: recordar a Colotes lo que suelen exponer acerca del apetito y del asentimiento sería, a lo que a mí me parece, lo mismo que tocar la lira delante de un asno».

147 Cf. *Academica*, 186: «Hay personas que a la primera nota de la flauta ya saben que el artista interpreta la música de Antíope o de Andrómaca, mientras nosotros no tenemos la menor idea de qué se trata» (cita de Cicerón).

148 Cf. *Academica*, 197: «Y esto lo concluía Zenón con el siguiente gesto, extendiendo los dedos y presentando la palma de la mano, decía...; encongiéndolos un poco, afirmaba: así es el asentimiento. Cerrando del todo la mano, presentaba el puño y añadía:

gadas que aplica Plutarco a quienes se mantienen en ciertas posturas<sup>149</sup>. Referencia científica es la imagen geométrica de los radios y la circunferencia empleada por Plutarco para ilustrar la relación entre el conocimiento y los sentidos que le sirven de instrumento<sup>150</sup>, y al ámbito comercial pertenece el término de «venta» con el que se refiere el mismo autor a cambios de postura de algún filósofo<sup>151</sup>, citas que igualmente incluye P. de Valencia en su obra. En dicho pasaje, a su vez, la rivalidad filosófica aparece definida como una lucha, lo que nos lleva al campo semántico de la guerra, también presente en los filósofos comentados por el zafrense, como Numenio, que llama a los conceptos filosóficos coraza<sup>152</sup> y posición que defender<sup>153</sup>, y Plutarco, que habla de retirada estratégica para describir una actitud derivada de determinados presupuestos teóricos<sup>154</sup>. La competición deportiva constituye otro precedente originario en Cicerón, que compara la aplicación de criterios filosóficos con estrategias de púgiles y aurigas<sup>155</sup>; al igual que Numenio por

*esta es la imagen de la comprensión. De este símil procede el nombre de catálepsis... Acercando luego la mano izquierda al puño derecho así cerrado, y apretándolo con fuerza: he aquí la ciencia que nadie sino el sabio posee, exclamaba.*

149 Cf. *Academica*, 240: «Plutarco nos cuenta con qué carcajadas la rechazó Colotes» «(Aristocles) éstos, como los que se hallan embotados en su letargo...».

150 Cf. *Academica*, 184: «La sede y, por así decir, el trono de esta parte, según escribe el propio Plutarco, está en el corazón o en el aire que rodea el corazón. O, como parece indicar el mismo filósofo en otro lugar, se encuentra en el centro mismo del corazón, en un punto desde donde parten hasta los órganos sensoriales unos como radios, al igual que desde el centro de un círculo van los ejes hasta los puntos exteriores de la circunferencia».

151 Cf. *Academica*, 169: «Plutarco, en el libro que escribió Contra Colotes, discípulo de Epicuro, en defensa de todos los filósofos, al referir que Arcesilao había sido atacado por Epicuro y Colotes con todo género de injectivas, acusándole de haber vendido principios antiguos y ajenos como si fueran nuevos y propios, y de andar a la caza del aplauso y la alabanza entre el vulgo iletrado...».

152 Cf. *Academica*, 230: «...agradecido (Filón) por aquella distinción, cuidaba y defendía las doctrinas de Clitómaco, las embellecía y se armaba de reluciente coraza contra los estoicos».

153 Cf. *Academica*, 233: «...como, al correr de los tiempos, la epokhé que ellos defendían hubiera perdido su vigor desgastado por el uso, Filón...» «La evidencia y la concordia de las impresiones le atormentaban y no le dejaban descansar (a Filón)».

154 Cf. *Academica*, p. 239: «Plutarco analiza magistralmente y defiende la doctrina de los cirenaicos... Dice así: como habían colocado las impresiones y las fantasías dentro de sí mismos, los cirenaicos creyeron que los testimonios de dichas impresiones y fantasías no eran bastante idóneas para expresar una opinión sobre las mismas cosas. Y, retirándose de las posiciones de los enemigos que se hallan fuera de las murallas, cual si de un asedio se tratara, se encerraron dentro de sus impresiones...».

155 Cf. *Academica*, 226: «No hay nada mejor como decir con Lucilio: frene el carro y los caballos, como suele hacer el buen auriga. Carnéades compara siempre la epokhé con el ataque de los púgiles y el freno de los aurigas...».

lo que hace a la lucha<sup>156</sup>. Finalmente, en un terreno menos material, encuentra base para aludir al aura del alma<sup>157</sup> en la condición de resbaladizos e inestables que Plutarco aplica a los conocimientos.

Pero probablemente, la más genuina manifestación de la peculiar personalidad de Pedro de Valencia la constituye un esporádico recurso, con cuya referencia terminará esta aproximación a *Academica*. Tal proceder ha podido favorecer el que en alguna ocasión, con cierto rigor, se llegara a calificar a P. de Valencia como «uno de los hombres más escépticos del siglo XVI»<sup>158</sup>, carácter no suficientemente corroborado en el resto de su obra, por lo que no parece poderse sostener tal afirmación, contra la que, por su parte, se manifiesta fundadamente el propio Oroz Reta<sup>159</sup>. Con él se trata siempre de aliviar la sequedad expositiva, pero reviste también un indudable carácter didáctico, lo que confirma esa voluntad del autor a la que se viene aludiendo últimamente. Por otro lado, su precedente se encuentra en el propio método socrático, cuyo valor al respecto difícilmente será puesto en duda, y parece merecer, por tanto, que los textos correspondientes sean traídos a un primer plano.

Con el aludido propósito, en una ocasión reduce al absurdo la lógica interna de un planteamiento, a propósito de la destrucción de la dialéctica de la que se sienten autores los académicos:

«¿Quién pudo afirmar alguna vez 'Yo estoy mintiendo', queriendo presentar como falso lo mismo que acaba de decir? Creo que nadie. En el peor de los casos, se habría callado. Pero cuando alguien habla de esa forma, se refiere a alguna otra cosa que ha afirmado poco antes; si no lo hace, dado que no dice nada, no afirma ni lo verdadero ni lo falso»<sup>160</sup>;

pero, sin duda, resulta mucho más expresivo al practicar la más fina ironía, que no se halla en los textos originales ni siquiera de forma implícita, sino que constituye aportación del autor a través

156 Cf. *Academica*, 201: «...Numenio decía de Carnéades: al admitir que lo verdadero y lo falso residía en las propias realidades, como si cediera ante su adversario y defendiera la causa de su enemigo, cual astuto luchador que da la impresión de descuidar el rigor de la discusión, volvía al combate y atacaba con nuevas fuerzas».

157 Cf. *Academica*, 195: «En otro lugar señala el mismo Plutarco claramente esos escalones... partiendo de una naturaleza resbaladiza e inestable, que se disipa y fluye constantemente. Es decir, el alma consta de una tenue aura».

158 Cf. Serrano y Sanz, *o. c.*, 19.

159 Cf. Oroz, *Academica*, 50.

160 Cf. *Academica*, 209.

de comentarios o apostillas a las noticias transmitidas por las fuentes. Es el caso del punto flaco que De Valencia encuentra al recurso práctico de los estoicos para rebatir las tesis académicas:

«Dice, en efecto, que, aunque tuviera que ser azotado mil veces al día, cuando su amo le mandara traer aceite a la mesa, él le presentaría garum. Y cuando el amo le preguntara... Y añade Epicteto que en todo obraría de la misma manera, y está seguro de que, si dos o tres de sus compañeros se confabulasen contra el amo, éste cambiaría su opinión o se vería obligado a ahorcarse. Pero, mi querido Epicteto, si tu amo pudiera oírme, os preguntaría a él y a ti quién iba a cambiar antes de opinión, tú cansado de los azotes, o él de proporcionártelos»<sup>161</sup>;

o bien, en el caso de hechos puramente históricos como un relevo en la jefatura de la Academia, y a propósito de las circunstancias concretas en que se produce, satiriza el planteamiento básico de sus miembros:

«Pero éste fue expulsado de la escuela y luego privado del derecho de sucesión, porque Carnéades lo sorprendió en flagrante con una concubina. El mismo Carnéades tendrá que confesar que aquello fue una fantasía aprehendente y no meramente probable»<sup>162</sup>;

pasajes los dos últimos en los que se nos revela como hombre de gran sentido del humor, capaz de hacer de la ciencia algo absolutamente vital y que llegue a todo ser humano.

La exposición que antecede prueba, por tanto que en *Academica* puede apreciarse un quehacer de filólogo; orden y metodología en la exposición; voluntad educadora; didáctica práctica y total sintonía con la realidad sociohistórica contemporánea de su autor, permitiendo concluir que constituya un modelo de divulgación filológica, si no una auténtica obra original, al menos desde el punto de vista didáctico.

RAMÓN MARTÍNEZ FERNÁNDEZ  
Universidad de Navarra

160 Cf. *Academica*, 209.

161 Cf. *Academica*, 207.

162 Cf. *Academica*, 229.